



Domada

Mirlo

GANADORA III Concurso Letraheridos
Dennise Valeria Céspedes Marambio

Domada

Mirlo

“Y hasta podría haberme matado, quiero decir: la primera consecuencia de tu nacimiento fue que a partir de entonces ya no podía matarme”.

Zambra, Facsímil

Se ilumina el verde. Ella mete el pie en el pedal, primera y arranca el coche. Quiero hacer pipi. Lo mira por el espejo retrovisor. Ve unos ojos negros. Falta poco hijo, ya casi llegamos. ¿Jugamos al veo, veo? Veo, veo una cosita. ¿De qué color? Azul y comienza por la letra C. Ese coche, mami. No. Los pantalones del hombre del perro. No, y he dicho por la letra C. Mi camiseta. Sí, vale me toca, ahora yo. Veo, veo. ¿Qué ves? Una cosita. ¿De qué color? Verde y comienza por la letra S, mi *samarreta*. No, *samarreta* es en catalán, mamá. Esas sandalias. No. El semáforo. Sí. La última que llegamos. Veo, veo. ¿Qué ves? Una cosita. ¿De qué color es? Es blanca y negra y comienza por la P. Esa es fácil, la pelota. Sí, mamá. Hablando de pelota, te parece bien si con ese dinero que te dio tía Nati pagamos la matrícula del fútbol. No. ¿Por qué no? Es que no lo tengo. ¿Cómo no lo tengo? Se lo he dado a papá, pero me dijo que me lo devolvería. No pasa nada, cariño. Le digo a la abuela que este año has sido súper bueno y que te regale lo del fútbol. Bueno, pero no le digas a papá que te lo dije, me hizo prometerle que no te diría nada. Eso no, hijo, tengo que hablarlo con él. Pero es que me dijo que me lo iba a devolver. Sí, claro que te lo va a devolver, por lo mismo, qué problema hay en decírselo, estas cosas es mejor hablarlas. Dijo que era para que lo pasemos bien en la playa, para comer. Tú no has hecho nada malo. Es que me dijo que no te dijera. No llores, cariño, está bien, no se lo diré. Prométemelo, mami. Te lo juro. Sube que aparco. Ahora voy.

La bebé está en el asiento de atrás. Se gira para mirarla, lleva rato sin decir nada. Duerme. Ella también quiere dormir. Se le ocurre que puede estar muerta, entonces la niña tose débilmente, levanta una mano, se calla y se queda inmóvil otra vez. Se ha ido la luz en el parquin. Es la hora de comer. Recuesta la cabeza sobre el volante. Aprieta los dientes y se muerde la lengua. La furia le llena los ojos de lágrimas. Se baja del coche, da la luz. Abre el maletero, saca las bolsas del supermercado. Las mete en el ascensor. Vuelve a por la bebé. Dentro del ascensor se mira lo rojo de la lengua en el espejo. Los ojos se le han vuelto más verdes. Es la hora de comer, pero no tiene hambre.

Mete la llave. Al abrir la puerta la abofetea el olor a tabaco. Entra y lo ve tumbado de espaldas en el sofá. Parece dormido, la televisión está puesta. Lleva el pijama. Entra sigilosa con la niña en brazos. Deja a la pequeña en la cuna de su habitación, cierra la puerta con cuidado y se dirige a la habitación del niño. Hijo, ya estoy aquí, ¿te lavaste las manos? Siiii, mamá. Voy a estar en la cocina, aun tardaré en hacer la comida, ¿quieres una manzana? No, ¿hay algo más? Sí, manzana con canela. El niño se ríe. Bueno, pero mucha canela. Vale. ¿Puedo ver la tele? En un rato.

En el comedor el hombre se incorpora lentamente, se restriega los ojos, se acaricia el pelo y mira a la mujer sonriendo. ¿Qué comemos?, le pregunta. Pasta y ensalada, responde ella. Él se levanta y se dirige a la cocina. Abre la puerta de un armario, saca una caja y la vacía. No hay café, ¿me vas a comprar?, le pregunta. No, anda tú, ¿no? Venga porfi, que estoy en pijama. Acabo de llegar, no me apetece salir. Bueno voy, ¿me dejas 5 euros? Sí, cógelos del bolso. En otro tiempo, en otro lugar, le habría dicho algo. Ahora cuanto más piensa en ello, siente que no tiene importancia. Él se viste en el cuarto de baño. Desde la cocina siente como él revuelve su bolso y coge las llaves. Voy, hasta ahora. Abre la puerta y la cierra al salir.

Ella pone el agua en un cazo, corta la cebolla en finos cuadrados, los ojos se le enrojecen. Bebe un poco de agua, pero no le sabe bien. Se pasa la lengua por los labios, luego se limpia la boca con la palma de la mano. Se acerca el vaso a la nariz, huele a ginebra. Lo deja en la pica y lo llena de agua. Echa la cebolla en la sartén. La cebolla cruje. Añade la carne, el ajo, las olivas, el tomate. Todo se sofríe. Baja el fuego y lo deja hacer.

El niño juega en la habitación, la bebé sigue durmiendo. Ella prepara la mesa. Saca los cubiertos del cajón, los vasos y el mantel. A él le gusta comer en el sofá viendo la televisión. Deja los cubiertos y el mantel sobre el sofá. Mientras pasa un paño húmedo sobre la mesa. Ve los restos. Pasa el índice por el residuo blanco y se lo lleva a la boca. Se le duerme la punta de la lengua. Deja el paño sobre la mesa. Se detiene en medio del comedor y echa un vistazo a todo. Comienza el allanamiento. Primero la estantería negra del televisor. Abre cada cajón, revuelve lo que hay dentro, lo cierra. Luego da vuelta en el suelo cada receptáculo, florero y caja que se encuentra a su paso. Encuentra cajetillas de cigarrillo vacías, papel de fumar, folios, cables. Vuelve a poner todo en su lugar. Continúa por la estantería del comedor, encuentra carpetas, llaves, lápices de tripa seca, fotos, otra vez todo dentro. El sudor le perla la cara. En la estantería: las servilletas de tela, los manteles, las copas, nada. Se sube sobre una silla para mirar por el respiradero del techo, se ayuda con la luz del móvil. Polvo y oscuridad. Su hijo sale de la habitación. ¿Qué haces, mami? Tenemos cucarachas y no sé por donde se meten ¿Pero por el techo, mami? Nunca se sabe, hijo, estos bichos son inteligentes. Y así de forma metódica abre, revisa, revuelve y remueve toda la casa. En la esquina del despacho ve el maletín. Lo pone sobre la mesa. Él podría llegar. Lo abre, hay carpetas, pendrives, tarjetas de visita y un ordenador. Ve que hay un doble fondo, desliza la cremallera. Encuentra un cd áspero y pegajoso. Ahora tarjetas de crédito, una cajetilla

de Marlboro vacía y otra llena de bolsas zipper muy pequeñas. Se lo queda mirando todo como a dos montañas en la luna. El corazón le da vueltas. Siente que su hijo se acerca. Rápido mete otra vez todo dentro. Cierra el doble fondo. Deja el maletín en su lugar. Huele el olor a quemado que viene de la cocina.

Los tres se sientan a comer, no enciende la televisión y comen en la mesa del comedor. Hay ensalada de pasta. Ella no habla. Come. Se atiborra. Sus hijos la imitan. Devoran. Terminan todo. Durante un momento se queda inmóvil. Ellos la miran. Se levanta de la mesa dejando los platos sucios. Su hijo le pregunta si puede ver la televisión. Sí, hijo. Yo voy con tu hermana a la habitación. Se deja caer en la cama con la niña en brazos. Pega los ojos en el techo. Memoriza el blanco contra las manchas de humedad. Se duerme y él no viene.